



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12439

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

VIERNES 21 DE ABRIL DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue (Journartie 61; y J. Jones, Boulevard-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA — SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA Caballos 15

Negruras

Las noticias que llegan de las principales regiones agrícolas no pueden ser más tristes.

Pérdida la esperanza de que venga la lluvia bienhechora en tiempo oportuno para salvar la cosecha, que ya casi se considera perdida, ha venido el brusco descenso de la temperatura a hacer más aflictiva la triste situación de los agricultores.

A las circunstancias políticas que promueven creciente agitación y al descontento que por causas diversas reina en todas partes, ha venido a unirse la que dejamos mencionada al principio, de mayor interés y de remedio más difícil que todas las demás.

Como es natural, donde sus efectos se hacen sentir con mayor pesadumbre en primer término, y donde de no acudir con el pronto remedio tomará el mal terribles proporciones, es en las comarcas donde el trabajador de la tierra arrastra una vida más difícil; en el teatro permanente de las perturbaciones agrarias, en las grandes regiones extremeñas y andaluzas.

Aun sin el azote que significa un año sin cosecha, venía siendo en

esos territorios por demás delicado el estado de relaciones entre propietarios y obreros. ¿Qué podrá suceder cuando por efecto de la falta de agua la cosecha se pierda y se haga innecesario el trabajo del brabero? Quedaran inactivos millares de trabajadores, sin ocupación y sin medios para subsistir.

En condiciones tales los obreros, no por tra el gobierno desoírles y aunque sabido es que son escasos los medios con que cuenta para hacer frente a desdicha tan grande, no podrá sustraerse al deber de conjurar la crisis, ya directa ya indirectamente; que no puede eludir su intervención para disminuir siquiera los efectos del mal.

En los tiempos pasados una desgracia como la que representa la sequía no iba acompañada como ahora de los peligros que constituyen para el orden social la propaganda anarquista que se viene haciendo en todas partes y muy especialmente en esos territorios amenazados de la plaga, en las regiones andaluzas y extremeñas; mas por desgracia hoy la pérdida de la cosecha será una agravación del peligro, por que en ella encontrarán los anarquistas el auxiliar más poderoso para su propaganda.

El hambre es mala consejera;

el hambre es anarquista y no ya en el infortunado trabajador del campo despierta a favor de la ignorancia las malas ideas cuando tiene el estomago vacío y no tiene esperanza de llenarlo, sino aún en las personas cullas despierta la carencia de pan movimientos de acometividad.

En tales estados del animo y cuando afectan no solo a un individuo sino a una clase social de una región, no sería humano confiar a la fuerza el remedio del mal.

Lo ocurrido en Córdoba debe considerarse como una advertencia que debe ser utilizada para proceder sin pérdida de tiempo a poner en ejercicio cuantos medios se consideren eficaces y estén a disposición del gobierno, como se ha hecho en ocasiones analogas, impidiendo que pueda darse el caso de que millares de trabajadores se vean lanzados por el hambre a la realización de actos que desde luego hay que evitar.

TIJERETAZOS

Dicen de Tánger:

«Se confirma que muchos meros de Fez y su distrito han declarado que el Roghi no es el príncipe Muley Mahomed el Tuerto, y que éste se encuentra con el Sultán.»

«A que va a resultar a última hora que el mismo pretendiente no sabe quién es?»

Ya se hará la luz y sabremos cómo se llama y lo que quiere.

Porque hasta ahora cada noticia que viene de allí es un infundio.

*

El príncipe Tuerto apareció al principio de la guerra civil en libertad, después de largo cautiverio.

Y pasados unos días nadie lo vió más.

¿Dónde está ese tuerto?

Si está donde estaba al comenzar la gue-

rra y sigue siendo generalísimo del ejército ¿cómo es que ningún corresponsal ha dicho nada de él?

¿Quién sabe si el padre de la burra y Muley Mahomed serán un solo y mismo tuerto?

El tiempo lo dirá cuando el pretendiente se proclame en Fez.

Dice un periódico que la decoración del país ha cambiado como en una comedia de magia.

Desde dónde mirará ese colega?

¿Se han acabado las huelgas?

¿Terminaron los motines?

¿Siente el país el mismo descontento?

Pues si todo sigue lo mismo no ha variado la decoración.

Lo que sucede es que el colega ve las cosas por el cristal de su alegría y le parece que todos nos reímos.

Y no es verdad, permanecemos serios.

Los moros rebeldes llaman malditos a los partidarios del sultán.

Y han echado a milagro el que haya terminado la sequía en el momento de embarcar los askaris en Melilla para marchar a Tánger.

¡Ay, cómo se parecen a nosotros!

CURIOSIDADES

El monumento de Alejandro Dumas

Hace algunos años ya que M. de Saint-Marceux trabaja en el monumento de Alejandro Dumas, hijo, que deberá ser inaugurado en París en la plaza de Malesherbes, sobre el terraplén, en el ángulo de la avenida de Villiers y el boulevard Malesherbes, frente al monumento de su padre.

Alejandro Dumas, hijo, sentado sobre un banco de piedra ruinoso, escucha el rumor, que gube hasta él, de voces de mujeres, de las cuales fué confidente.

Con lo que ellas le cuentan y lo que él sorprende é imagina, compone su teatro.

En el pedestal se leen los títulos de sus principales obras y una máscara trágica brilla á sus pies.

Precauciones del presidente

de los Estados Unidos

Después del asesinato de su predecesor mister Mac-Kinley, el actual presidente de los Estados Unidos, Mr. Roosevelt, lleva constantemente consigo un revolver cargado.

Visitó hace pocos días el presidente, en Saint Paul, al gobernador del Estado, y al salir después juntos cambiaron de gabán por ser los dos muy parecidos.

Y cual no sería la sorpresa del gobernador cuando encontró, en uno de los bolsillos, un revolver, y pudo advertir que estaba cargado.

Su ilustre huésped celebró la oscura, y dijo:

—¿Un gabán con un revólver? No puede menos de ser de un presidente de los Estados Unidos.

Concurso de perros

Durante la última Exposición de Francofurt-sur-Mein, se ha organizado un concurso de perros de guerra para el transporte de despachos á través de un bosque enzarzado y difícil.

Los perros, llevados por un escuadrón, debían volver solos al punto de partida y alcanzar después nuevamente al escuadrón en marcha.

Había en total 16 perros.

Todos encontraron el punto de partida, pero ninguno encontró luego al escuadrón que caminaba por el bosque.

La velocidad de transmisión varió entre dos minutos y seis minutos y medio por kilómetro.

Protección á los pájaros

Los gobiernos se preocupan, desde hace algunos años, de la protección á los pájaros favorables á la agricultura, porque la desaparición de las pequeñas aves insectívoras provoca un aumento de larvas que hace muy difícil la vida de las plantas.

Las repúblicas sud-americanas prohibieron hace diez años la caza de colibrí; á pesar de ello, se venden en los mercados de París y Londres más de 62.000 pájaros importados de América.

Se comprende que, á pesar de la prohibición del Gobierno, se cazen en tan gran cantidad estas avecillas, porque los benefi-



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



20 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

LA DOBLE VISTA

21

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 24

desahacer el encanto, Mr. de Lorrville espaba el momento en que pudiera mirar á su amigo, sin que este lo observara; después, continuando su conversación:

—¿Tu hermanita debe estar muy bella? ¿Se parece á ti? y como para asegurarse de si este parecido podía ser una ventaja, fijó sobre su amigo el implacable anteojo, esperando la respuesta.

—Sí, respondió Mr. de Toutvenel. Estefanía se me parece un poco, pero no es tan bonita como prometía serlo.

Edgar sabía por otras personas que la señorita de Toutvenel era encantadora. Esta modestia engañosa le alarmó; pero felizmente, le satisfizo el generoso motivo que la había dictado!

—No, pensaba Mr. de Toutvenel, no quiero que Edgar ame á mi hermana, no es bastante rica para él; no quiero que se me acuse de especulador con los buenos sentimientos de mi amigo para proporcionarle un mal negocio que redunde en mi provecho.

¿Qué delicadeza había en este pensamiento y cuán sensible se mostró Edgar á él! Con qué delicia contemplaba este corazón tan noble, en el que parecían haberse refugiado los pensamientos más puros! Su joven alma se había conmovido dulcemente al pasar de la angustia de la desconfianza á los transportes de una fe naciente. En el delirio de su júbilo, Edgar, recordando su natural bondad, no pudo contenerse, y ol-

vidando las Tullerías, los paseantes, los elegantes, los políticos y todo este aparato que recuadra el mundo y modera singularmente los arranques del corazón, se arrojó al cuello de su amigo, y le abraza gritando:

—¡Al querido Alfonso, te amo, soy dichoso!

Mr. de Toutvenel le creyó completamente loco, pues para cortar la conversación acerca de su hermana, se apresuró á hablar de cosas indiferentes, sin advertir que Edgar no le escuchaba. Habló de los espectáculos, de las piezas representadas en París durante su ausencia. Le estaba dando pormenores de «monsieur Cagnard» y de los mejores chistes de tan buena sátira, cuando Mr. de Lorrville le abrazó tan apasionadamente, no pudiendo comprender por qué el nombre D'Odry de Vernet y de Mme. Vautrin le inspiraba tales sentimientos. Así se acusa á menudo de loco al hombre que un súbito descubrimiento le hace cambiar de parecer, y de caprichosa una mujer, cuya penetración se ilumina.

sias del tocador que sorprendía en el pensamiento de Carlota Corday, al tiempo de asesinarle; el lindo sombrero que le veía admirar en los palcos rezagados, al levantar los ojos al cielo para oír mejor su sentencia; las reflexiones burlescas de estas actrices, á quienes tanto estorbaban sus abalanzados corsés para morir con gracia á la Smithson, las pequeñas preocupaciones del gran Napoleón, que tenía tan altivosamente miedo de tener una disputa con los defensores del justo medio, representando demasiado fielmente «El padre del hijo del hombre»; todos estos secretos, en fin, conocidos de él soto, le distraían de su terror; también era mal juez. La comedia, aun siendo de Molière, no podía dejarle grandes recuerdos. Lisette y Scapin, lejos de divertirle con sus chistes, le causaban lástima; tenían tanta tristeza en vez de alegría, al ver la sala vacía y tener que decir gracias en destierro!

—¡Nadie! ni un gato en todo el teatro; pensaba dolorosamente la graciosa al tiempo de dar una carcajada de casa de comedia, tan poco contagiosa

—¡Siete libras, diez sueldos de recaudación! decía amargamente Scapin saltando alrededor de Geronte. Y Lisette, rezoando, se decía:

—¡Verse una obligada á acicalarse para no ser vista!

Y Scapin, continuando sus piruetas decía: